8 de noviembre de 2026 – 32.º Domingo del Tiempo Ordinario

Sab 6,12–16; 1 Tes 4,13–18; Mt 25,1–13

Queridoshermanos y hermanasen Cristo:

INTRODUCCIÓN

El Evangelio de hoy nos presenta la imagen de personas que esperan en la oscuridad con lámparas en sus manos. En el corazón de la vida cristiana está esta espera paciente y amorosa del Señor que viene a nuestro encuentro. No caminamos por la vida sin rumbo; estamos peregrinando hacia el Esposo que nos invita a participar en la alegría de su Reino.

Las vírgenes prudentes del Evangelio nos enseñan que la fe no consiste solamente en el entusiasmo de los comienzos, sino también en la perseverancia durante las largas noches. La vida no siempre se desarrolla según nuestros planes. Los retrasos, las decepciones, el sufrimiento y la incertidumbre forman parte de toda existencia humana. Sin embargo, el Señor nos pide que mantengamos encendida la lámpara de la fe con la oración, la caridad, la esperanza y la confianza.

San Pablo nos recuerda hoy que incluso en medio del dolor somos un pueblo de esperanza, porque Cristo ha vencido a la muerte. El Señor resucitado, a quien esperamos al final de nuestra vida, ya camina a nuestro lado ahora: en la Eucaristía, en la Sagrada Escritura, en la oración y en cada acto de amor y reconciliación.

Mientras nos disponemos a celebrar estos santos misterios, pidamos al Señor que perdone las veces en que permitimos que el aceite de nuestra fe se debilitara, cuando retrasamos nuestra conversión y cuando no permanecimos espiritualmente despiertos y preparados para su venida.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el Esposo que viene para conducirnos a la alegría de tu Reino: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú mantienes viva la lámpara de la esperanza en la oscuridad de nuestras vidas: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a la perseverancia, a la vigilancia y al amor fiel mientras esperamos tu venida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, fortalezca con el aceite de su gracia las lámparas debilitadas de nuestra fe y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Cristo, nuestra luz, permanece fiel incluso cuando nuestra propia luz vacila, y porque nos llama a participar desde ahora en la alegría de su Reino, elevemos nuestras voces en alabanza y cantemos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que llamas a tu pueblo a esperar con corazones vigilantes la venida de tu Hijo,
concédenos que, sostenidos por el aceite de la fe, la esperanza y la caridad,
perseveremos fielmente durante las largas noches de la vida y seamos hallados preparados para entrar en el banquete eterno de bodas de tu Reino.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un niño pequeño estaba una noche junto a la ventana esperando el regreso de su padre. Una fuerte tormenta había retrasado los trenes y las horas parecían interminables. Su madre le dijo varias veces: “Vete a dormir. Papá llegará”. Pero el niño respondía: “Solo quiero que vea que lo estuve esperando”. Finalmente, cerca de la medianoche, aparecieron las luces de un automóvil frente a la casa. El padre entró, empapado y agotado por la lluvia, y lo primero que vio fue a su pequeño hijo todavía despierto, con una lámpara en la mano, esperando junto a la ventana. El padre lo levantó en brazos y le dijo: “Te quedaste despierto por mí”.

Esta sencilla historia expresa muy bien el espíritu del Evangelio de hoy. El cristianismo es, en su esencia, la historia de personas que esperan a alguien a quien aman.

El Evangelio nos habla de diez vírgenes que esperan al esposo. Cinco son llamadas prudentes y cinco insensatas. A primera vista, la parábola puede parecer severa e incluso inquietante. Sin embargo, antes de ser una advertencia, es ante todo un mensaje extraordinariamente gozoso. Jesús nos dice que nuestro destino no es una sala de juicio, sino un banquete de bodas. No somos llamados principalmente a una condena, sino invitados a una comunión de amor. Nuestra vocación es salir al encuentro del Esposo.

En la cultura judía del tiempo de Jesús, ser elegida como una de las jóvenes que acompañaban al esposo era un privilegio y un honor. No eran personas escogidas al azar. Habían sido especialmente invitadas para acompañar al esposo a la celebración nupcial. Del mismo modo, cada uno de nosotros ha sido elegido por Dios. Nuestra vida cristiana es una vocación para caminar hacia Cristo y finalmente entrar en la alegría de su Reino.

Sin embargo, el Evangelio también contiene un mensaje serio. Cinco de las vírgenes se quedaron fuera del banquete. ¿Por qué? No porque se durmieran, ya que las diez se durmieron. No porque se negaran a recibir al

esposo, pues todas se levantaron cuando se oyó el anuncio de su llegada. La diferencia decisiva fue muy sencilla: cuando llegó el esposo, cinco estaban preparadas y cinco no.

Jesús habla a cada generación de cristianos: “Velen, porque no saben ni el día ni la hora”.

Este mandato no significa que debamos vivir con miedo. Significa más bien que debemos vivir atentos, fieles y prudentes. Las vírgenes prudentes contaban con la posibilidad de una demora. Se prepararon para una espera prolongada.

Y esto es importante porque la vida rara vez sigue nuestros horarios.

Todos lo sabemos por experiencia. Las bodas comienzan tarde. Los vuelos se retrasan. Los planes fracasan. Las relaciones atraviesan tensiones. La salud cambia de repente. Esperamos un camino y terminamos recorriendo otro. Como escribió el poeta Robert Burns: “Los planes mejor trazados de ratones y hombres a menudo salen mal”.

La parábola de Jesús refleja precisamente esta experiencia. El esposo se retrasa. La oscuridad se hace más profunda. La espera dura más de lo previsto.

La verdadera sabiduría de las cinco vírgenes prudentes no consistía en una inteligencia extraordinaria. Su sabiduría era una perseverancia práctica. Tenían suficiente aceite para lo inesperado.

Alguien preguntó una vez a un anciano monje:

—Hermano, ¿qué harías si supiera que va a morir dentro de diez minutos?

El monje continuó barriendo el patio del monasterio y respondió:

—Seguiría barriendo.

Eso es sabiduría cristiana.

El maestro espiritual Meister Eckhart dijo una vez: “La sabiduría consiste en hacer lo que tienes que hacer a continuación, hacerlo con todo el corazón y encontrar alegría en hacerlo”. Las vírgenes prudentes simplemente hicieron con fidelidad lo que debían hacer.

La pregunta para nosotros hoy es esta: ¿qué mantiene encendida la lámpara de nuestra fe durante las largas noches de la vida?

La primera lectura responde de manera hermosa: “La sabiduría es radiante y nunca se marchita”. La sabiduría bíblica no es simplemente habilidad humana. Es la misma presencia de Dios que nos guía. Los cristianos reconocemos finalmente esta Sabiduría en Cristo mismo.

La lectura dice que la Sabiduría “sale al encuentro de quienes la buscan y se les manifiesta favorablemente”. ¡Qué imagen tan consoladora! No somos solamente nosotros quienes buscamos a Dios; Dios también nos busca a nosotros. Incluso cuando nos sentimos perdidos, Cristo ya viene caminando hacia nosotros.

Esto es especialmente importante en los momentos de duelo y pérdida.

San Pablo escribió la Primera Carta a los Tesalonicenses muy al comienzo de la historia de la Iglesia, alrededor del año 49 después de Cristo, apenas quince o veinte años después de la muerte y resurrección de Jesús. Los primeros cristianos esperaban que Cristo regresara muy pronto. Pero con el paso de los años, algunos miembros de la comunidad comenzaron a morir. Entonces surgió la preocupación: “¿Qué sucederá con quienes han muerto antes del regreso de Cristo? ¿Perderán el Reino?”

Pablo responde con extraordinaria ternura y esperanza.

Les dice que no se entristezcan “como los que no tienen esperanza”. Notemos bien: Pablo no dice que los cristianos no deban llorar. Los cristianos lloran. Los cristianos hacen duelo. Los cristianos permanecen junto a las tumbas con el corazón roto. El mismo Jesús lloró ante la tumba de Lázaro.

Pero el dolor cristiano es diferente porque está lleno de esperanza.

La esperanza de Pablo no es un optimismo superficial. Está fundada en la resurrección de Jesús.

Existe una diferencia entre una esperanza vacía y una esperanza realizada.

Imaginemos a dos mujeres que desean tener un hijo. Una espera durante años, pero no logra concebir. La otra está embarazada. En alemán existe una hermosa expresión para referirse al embarazo: se dice que una mujer está “en buena esperanza”. Ambas esperan un hijo, pero una de ellas ya posee un fundamento vivo para esa esperanza.

Así también sucede con la esperanza cristiana.

Porque Cristo ha resucitado de entre los muertos, nuestra esperanza no está vacía. Ya tiene un fundamento sólido. La resurrección de Jesús es la garantía de que la muerte no tiene la última palabra.

Pablo proclama: “Creemos que Jesús murió y resucitó, y que Dios llevará con él a quienes murieron unidos a Jesús”.

Esto significa que nuestros seres queridos difuntos no están perdidos en una oscuridad sin sentido. Su destino no es la tumba. Su futuro es la comunión con Cristo.

Pablo concluye con una de las frases más consoladoras de toda la Escritura: “Y así estaremos siempre con el Señor”.

Eso es el cielo.

No simplemente un lugar, sino una relación.

Estar para siempre con Aquel que ya camina a nuestro lado.

El Señor resucitado con quien nos encontraremos al final de nuestra vida no es un desconocido. Ya está presente silenciosamente cada día.

A veces no lo reconocemos, como los discípulos de Emaús, cegados por el dolor. Sin embargo, Cristo sigue caminando junto a nosotros.

Lo encontramos en la oración. Lo encontramos en la Eucaristía. Lo encontramos en la Palabra de Dios. Lo encontramos en los pobres. Lo encontramos en los momentos de perdón y reconciliación.

El salmo responsorial expresa maravillosamente este anhelo:

“Dios mío, tú eres mi Dios; por ti madrugo; mi alma está sedienta de ti”.

Una mujer conservaba un pequeño crucifijo junto a su cama. Durante una enfermedad particularmente dolorosa, se despertaba muchas veces durante la noche sin poder dormir. A menudo no podía hacer otra cosa que mirar aquel crucifijo en la oscuridad. Años después dijo: “No siempre podía rezar, pero siempre podía recordar que Él estaba allí”.

Eso es vigilancia.

Eso es mantener encendida la lámpara.

La advertencia de Jesús hoy no pretende aterrorizarnos, sino despertarnos.

Las vírgenes insensatas cometieron un error trágico: pensaron que siempre habría más tiempo.

Con frecuencia nosotros pensamos igual.

“Perdonaré más adelante”.

“Rezaré más adelante”.

“Me reconciliaré más adelante”.

“Volveré a Dios más adelante”.

Pero el Evangelio nos dice: vivan preparados ahora.

Si hay amargura en nuestro corazón, ahora es el momento de buscar la reconciliación. Si hay pecado en nuestra vida, ahora es el momento de buscar la misericordia. Si hay

amor que debemos ofrecer, ahora es el momento de ofrecerlo.

La preparación cristiana no es pánico; es fidelidad diaria.

Significa vivir hoy de tal manera que, si Cristo viniera esta noche, no tuviéramos que salir corriendo a buscar aceite.

¿Y qué es este “aceite” que mantiene encendida la lámpara?

Es la oración. Es la fe. Es la caridad. Es la perseverancia. Es la decisión diaria y silenciosa de elegir a Dios. Es el Espíritu Santo vivo dentro de nosotros.

Las vírgenes prudentes tenían aceite porque cultivaban una vida interior.

Una de las grandes tristezas de la vida moderna es que muchas personas tienen de todo excepto reservas interiores. Tienen dinero, pero no paz; entretenimiento, pero no alegría; contactos, pero no comunión con Dios.

El Evangelio nos invita a profundizar nuestra vida interior, a permanecer unidos a Cristo para que nuestras lámparas no se apaguen durante las largas noches.

Y habrá noches largas.

Hay noches de dolor. Hay noches de decepción. Hay noches en que la fe parece debilitarse. Hay noches en que Dios parece ausente.

Sin embargo, incluso entonces, el Señor permanece fiel.

La primera lectura nos asegura que la Sabiduría “no se marchita”. La luz de Cristo nunca se apaga, aunque la nuestra vacile.

Los discípulos de Cristo están llamados a ser personas de perseverancia. Estamos llamados a mantener viva la fe no solamente en los momentos de entusiasmo, sino también durante años de espera, sufrimiento, rutina e incertidumbre.

San Pablo pudo decir al final de su vida:

“He combatido el buen combate, he terminado la carrera, he conservado la fe”.

Que algún día eso también pueda decirse de nosotros.

Un sacerdote misionero contaba que visitó a una anciana que vivía sola en una aldea remota. Su vista se estaba debilitando y rara vez salía de su pequeña casa. Cada tarde encendía una vela delante de una imagen del Sagrado Corazón. El sacerdote le preguntó:

—¿Por qué sigue encendiendo la vela si apenas puede verla?

La anciana sonrió y respondió:

—Porque cuando el Señor pase, quiero que sepa que lo estaba esperando.

Esa es la sabiduría del Evangelio.

Vivir cada día con una lámpara encendida. Permanecer fieles durante la demora. Mantener viva la esperanza en medio de la oscuridad. Confiar en que el Esposo vendrá.

Y cuando venga, que nos encuentre preparados, con el corazón despierto, las lámparas encendidas y la vida llena del aceite de la fe y del amor, para que podamos entrar con Él en el banquete eterno de bodas y permanecer con el Señor para siempre. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en la fe que mantiene encendidas nuestras lámparas y en la esperanza de la resurrección prometida por Cristo, profesemos ahora nuestra fe.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, signo de nuestra espera fiel del Señor, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, las ofrendas que colocamos sobre tu altar, y por medio de estos santos misterios mantén viva en nosotros la llama de la fe y de la perseverancia, para que, caminando fielmente junto a Cristo en esta vida, podamos entrar un día con alegría en el banquete eterno del cielo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque nos has llamado no a las tinieblas sino a la luz de tu Reino.

En tu Hijo Jesucristo, la verdadera Sabiduría que nunca se apaga, caminas junto a tu pueblo a través de todo dolor, demora e incertidumbre de la vida.

Nos fortaleces con la esperanza de la resurrección
y nos enseñas a permanecer vigilantes en la fe, firmes en el amor y alegres en la espera.

Por Él aguardamos el día
en que toda lágrima será enjugada
y tus fieles entrarán en el banquete eterno de bodas para estar con el Señor para siempre.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria diciendo:
Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiados en el Padre que vela por sus hijos y nos da fuerza para perseverar con las lámparas encendidas en la fe y la esperanza, oremos como Cristo mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
permanezcamos fieles y vigilantes en medio de las pruebas e incertidumbres de la vida,
manteniendo viva la esperanza de la venida de Cristo,
hasta que entremos en la alegría de su Reino eterno,
donde estaremos con el Señor para siempre.

Por la misericordia de nuestro Dios,
quedemos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú permaneces con tu pueblo en toda oscuridad y demora, y llenas los corazones fieles con la paz de tu presencia.
No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad concédele la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, el Esposo que viene para conducirnos al banquete eterno de bodas.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, has venido a nosotros en la Eucaristía como alimento para nuestro camino y luz para nuestra espera. Fortalécenos durante las largas noches de la vida. Mantén nuestros corazones despiertos en la oración, nuestras manos prontas para la caridad y nuestras almas llenas de esperanza, hasta el día en que te veamos cara a cara y permanezcamos contigo para siempre.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, Señor,
haz que perseveremos fielmente en la esperanza y en el amor,
manteniendo encendida en nosotros la lámpara de la fe
mientras esperamos la gloriosa venida de tu Hijo.

Y que esta Eucaristía nos fortalezca
para caminar cada día con sabiduría, vigilancia y paz
hasta entrar en la alegría eterna de tu Reino.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor mantenga encendida la lámpara de la fe en sus corazones. Amén.

Que los fortalezca con perseverancia en toda oscuridad y prueba de la vida. Amén.

Que la esperanza de la resurrección los llene de paz y de alegre expectativa hasta la venida de Cristo. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, manteniendo encendidas sus lámparas con la fe, la esperanza y el amor mientras esperan la venida del Señor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Mantén encendida la lámpara”.

La sabiduría cristiana no consiste en tener miedo del futuro, sino en perseverar fielmente cada día: rezando, amando, perdonando y confiando en que Cristo camina a nuestro lado ahora y que un día nos conducirá al banquete eterno de bodas.

9 de noviembre de 2026 – Dedicación de la Basílica de Letrán (Fiesta)

Ez 47,1–2.8–9.12; 1 Cor 3,9c–11.16–17; Jn 2,13–22

INTRODUCCIÓN

Hoy celebramos la Dedicación de la Basílica de Letrán, la iglesia madre de todas las iglesias del mundo. Se cuenta la historia de un sacerdote misionero al que una vez un niño le preguntó: «¿Dónde vive Dios?». El sacerdote señaló primero el edificio de la iglesia y luego, con ternura, puso su mano sobre el corazón del niño y le dijo: «Dios vive allí donde las personas le abren la puerta». El niño nunca olvidó aquellas palabras.

Mientras honramos un edificio sagrado, las lecturas de hoy nos invitan a descubrir una verdad aún más profunda: Dios no desea solamente templos construidos por manos humanas, sino también corazones vivos transformados por su Espíritu.

El profeta Ezequiel habla de un agua que brota del Templo y da vida; san Pablo nos recuerda que nosotros somos templo de Dios; y Jesús se revela como el verdadero Templo donde Dios habita entre su pueblo. Por medio de Cristo, también nosotros estamos llamados a convertirnos en templos vivos de su amor y de su misericordia.

Sin embargo, hay momentos en que nuestros corazones se llenan de egoísmo, indiferencia, ira o pecado, y dejamos de reflejar la presencia de Dios ante los demás. Por eso, reconozcamos nuestros pecados y preparémonos para celebrar dignamente estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el verdadero Templo donde Dios habita entre su pueblo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a ser templos vivos de tu amor y de tu misericordia: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú purificas nuestros corazones y los haces digna morada de tu Espíritu: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso purifique los templos de nuestros corazones, nos renueve con su Espíritu Santo, nos fortalezca para ser signos vivos de su presencia en el mundo, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Cristo ha hecho de nosotros su pueblo santo y nos llama a ser templos vivos de su presencia, unámonos con alegría a toda la Iglesia y proclamemos la gloria de Dios cantando:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que con piedras vivas y elegidas
preparas una morada eterna para tu majestad,
derrama, te rogamos,
la gracia de tu Espíritu sobre tu Iglesia,
para que tu pueblo fiel
crezca cada vez más como templo santo agradable a ti.
Enséñanos a llevar tu presencia al mundo
mediante vidas marcadas por la fe,
la misericordia y el amor,
para que otros puedan encontrar a Cristo
vivo en nuestro interior.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre pasó muchos años restaurando cuidadosamente una antigua capilla de su pueblo. Reparó el techo, pulió los bancos de madera e incluso restauró las pinturas desgastadas por el tiempo. Cuando finalmente terminó el trabajo, todo el pueblo se reunió para la reapertura. Pero, con el paso de las semanas, cada vez acudía menos gente. Un día, el hombre se sentó solo en aquella hermosa capilla restaurada y dijo en voz baja: «El edificio ha vuelto a la vida... pero ¿dónde está la gente?».

Esta sencilla historia refleja algo esencial de la fiesta que celebramos hoy. Conmemoramos la Dedicación de la Basílica de Letrán, la catedral del Papa y la iglesia madre de todas las iglesias. Es un edificio magnífico, con una historia larga y rica. Sin embargo, la Palabra de Dios de hoy nos recuerda con delicadeza que, al final, la presencia de Dios no está limitada a piedras y estructuras.

En la primera lectura, el profeta Ezequiel nos presenta una visión de agua que brota del Templo y lleva vida allí donde llega. El Templo aparece como fuente de vida, sanación y fecundidad. Pero esta visión va más allá de un edificio material. Nos habla del deseo de Dios de llevar vida al mundo entero.

San Pablo lo expresa con mayor claridad en la segunda lectura. Escribiendo en una época en la que todavía no existían edificios eclesiales como los conocemos hoy, dice a la comunidad: «Ustedes son el edificio de Dios... ustedes son el templo de Dios». Es un cambio sorprendente. La atención ya no se centra en un lugar sagrado construido con piedras, sino en un pueblo vivificado por el Espíritu.

Y luego, en el Evangelio, Jesús va todavía más lejos. Estando en el Templo de Jerusalén, pronuncia unas palabras que debieron parecer escandalosas: «Destruyan este templo y en tres días lo levantaré». Él hablaba de sí mismo. Jesús es el verdadero Templo, el lugar donde Dios habita plenamente entre su pueblo.

Si Jesús es el Templo y nosotros somos su Cuerpo, entonces también nosotros nos convertimos en un templo vivo. Esta es nuestra identidad más profunda. No somos simplemente personas que van a la iglesia; nosotros somos la Iglesia. Dios desea hacerse presente en el mundo a través de nosotros, por medio de nuestras palabras, nuestras acciones y nuestro amor.

Esto da un significado nuevo a todo lo que hacemos aquí. Nos reunimos en este edificio no porque Dios esté encerrado en él, sino porque aquí somos formados, alimentados y enviados. La Eucaristía que recibimos no

está destinada a permanecer dentro de estas paredes; está destinada a transformar nuestra vida para que lleguemos a ser signos vivos de la presencia de Dios en el mundo.

Pero esto también nos desafía. Si somos el templo de Dios, ¿qué clase de templo somos? ¿Son nuestras vidas lugares donde los demás pueden encontrar el amor, la misericordia y la verdad de Dios? ¿O hay aspectos de nuestra vida que necesitan ser purificados, así como Jesús purificó el Templo en el Evangelio?

Hace algún tiempo, una feligresa compartió cómo, durante una etapa muy difícil de su vida, no fue un edificio religioso lo que la ayudó a volver a la fe, sino una persona. Una amiga que la escuchó sin juzgarla, que le mostró bondad y que simplemente permaneció a su lado. «A través de ella», decía, «sentí que Dios no me había abandonado». Aquella amiga se había convertido, de una manera sencilla y real, en un templo vivo de la presencia de Dios.

Y quizá esa sea la invitación de la fiesta de hoy. Mucho después de que la belleza de los edificios se desvanezca en la memoria, las personas recordarán los encuentros: aquellos momentos en los que se sintieron vistas, amadas, perdonadas o fortalecidas. En esos momentos, la Iglesia se vuelve verdaderamente viva.

Por eso, mientras honramos hoy la Basílica de Letrán, también honramos lo que ella representa: una Iglesia viva edificada sobre Cristo. Y recordamos que cada uno de nosotros es una piedra de ese templo vivo, llamado a llevar la presencia de Dios al mundo.

Pidamos al Señor que haga nuestras vidas dignas de esta vocación, para que allí donde vayamos, los demás puedan encontrar no solo a nosotros, sino a Aquel que vive dentro de nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que mi sacrificio y el de ustedes sean agradables a Dios, Padre todopoderoso, y para que, como templos vivos de su presencia, le ofrezcamos una vida llena de fe, misericordia y amor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, te rogamos, Señor,
las ofrendas que te presentamos
y concede que, alimentados por estos santos misterios,
lleguemos a ser piedras vivas de tu santa Iglesia,
reflejando la presencia de Cristo
mediante vidas de caridad,
reconciliación y testimonio fiel.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque hoy celebramos el misterio
de tu presencia en medio de tu pueblo.

En tu Hijo, Jesucristo,
estableciste el Templo verdadero y eterno,
donde la humanidad es reconciliada contigo.

Por la fuerza del Espíritu Santo,
reúnes a tu pueblo en un solo cuerpo
y lo conviertes en templo vivo de tu gracia.

Tú llamas a tu Iglesia
a llevar sanación donde hay heridas,

esperanza donde hay desaliento
y luz donde hay oscuridad.

Por eso, unidos a los ángeles y a los santos,
proclamamos tu gloria
cantando a una sola voz:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos e hijas de Dios, llamados a ser templos vivos de su presencia e instrumentos de su paz en el mundo, oremos con confianza al Padre con las palabras que nos enseñó nuestro Salvador: Padre nuestro...

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y purifica los templos de nuestros corazones
de todo aquello que nos separa de ti.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres del pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú habitas en medio de tu pueblo
y nos llamas a reflejar tu amor en el mundo:
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
este es el que hace su morada entre su pueblo
y nos alimenta para que lleguemos a ser

templos vivos de su gracia.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
has entrado en el templo de nuestros corazones
por medio de esta Eucaristía.

Permanece con nosotros y transfórmanos.

Que nuestras palabras lleven esperanza,
que nuestras acciones revelen misericordia
y que nuestras vidas se conviertan en lugares
donde otros puedan encontrar tu presencia viva.

Enséñanos a llevar la gracia que hemos recibido
más allá de estas paredes,
para que el mundo conozca
que tú estás vivo en medio de tu pueblo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Oh Dios,
que quisiste mostrarnos anticipadamente
la Jerusalén celestial
mediante el signo de tu Iglesia peregrina en la tierra,
concédenos, te rogamos,
que, participando de este Sacramento,
nos unamos cada vez más profundamente a Cristo,
el verdadero Templo,
y llevemos fielmente tu presencia al mundo
mediante vidas de santidad y amor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios,
que los ha hecho templos vivos de su Espíritu,
llene sus corazones de su gracia y de su paz. Amén.

Que Cristo,
el verdadero Templo de Dios,

los fortalezca para manifestar su presencia
mediante sus palabras y sus acciones. Amén.

Que el Espíritu Santo los guíe
para que sean signos de sanación,
misericordia y esperanza en el mundo. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes
y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida,
y conviértanse en templos vivos
por medio de los cuales otros puedan encontrar a Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Los edificios de las iglesias nos recuerdan dónde se adora a Dios; las vidas santas revelan dónde Dios habita verdaderamente.

10 de noviembre de 2026 – Martes de la 32.ª Semana del Tiempo Ordinario (San León Magno)

Lecturas: Tito 2,1-8.11-14; Lucas 17,7-10

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un artesano que pasó años restaurando la puerta de una antigua iglesia. Cada día trabajaba en silencio, lijando, tallando y puliendo, muchas veces sin que quienes pasaban se dieran cuenta de su esfuerzo. Cuando finalmente terminó la obra, alguien le preguntó: «Debe de ser una gran satisfacción ver que la gente admira tu trabajo». El hombre respondió sencillamente: «No lo hice para recibir admiración. Lo hice porque la puerta merecía ser hermosa».

Ese espíritu silencioso toca algo muy profundo dentro de nosotros. Gran parte de lo más valioso de la vida se realiza sin aplausos: padres que cuidan de sus hijos, personas que permanecen fieles en los pequeños deberes de cada día, actos de bondad que nadie registra ni

recuerda. Sin embargo, precisamente allí es donde con frecuencia la gracia de Dios está actuando.

Hoy, en la fiesta de San León Magno, recordamos a un hombre que sirvió a la Iglesia con valentía y sabiduría, sin buscar honores, sino defendiendo la verdad y la unidad. Él recordaba a los cristianos que todo comienza con la gracia de Cristo y que nuestras vidas están llamadas a convertirse en una respuesta agradecida a ese don.

Mientras nos reunimos alrededor del altar del Señor, podemos reconocer que en ocasiones hemos servido con un corazón dividido: buscando reconocimiento, dejándonos llevar por el resentimiento o olvidando que incluso nuestra capacidad de amar es un regalo de Dios. Pidamos ahora al Señor misericordia y un corazón humilde al disponernos a celebrar el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a servirnos unos a otros con corazones humildes y generosos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas a dar sin calcular el costo ni buscar recompensa: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llenas de gracia para que vivamos en amor fiel y servicio silencioso: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama al servicio fiel y nos renueva con su gracia, perdone nuestros pecados, sane el orgullo y el egoísmo que hay en nosotros y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios nos ha amado primero y nos ha llamado a participar de la dignidad de Cristo mediante el servicio humilde, elevemos ahora nuestros corazones en alabanza y cantemos juntos el Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nunca dejas de formar a tu pueblo por medio del testimonio de tus servidores fieles, concédenos, te rogamos, que, siguiendo el ejemplo de San León Magno, reconozcamos con corazones agradecidos los dones que nos has concedido y te sirvamos humildemente mediante el amor y el servicio mutuo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una mujer fue voluntaria durante muchos años en la pequeña cocina de una parroquia. Llegaba temprano, limpiaba en silencio y se marchaba antes de que la mayoría de las personas notara su presencia. Un día, una nueva voluntaria le preguntó: «¿No te cansas de que nadie te dé las gracias?». Ella sonrió y respondió: «No estoy aquí para recibir agradecimientos. Estoy aquí porque esta es mi manera de amar a Dios».

En el Evangelio de hoy, Jesús nos presenta una imagen sorprendente: un servidor que, después de trabajar en el campo, entra en la casa y continúa sirviendo a la mesa sin esperar agradecimiento alguno. Esto puede sonar duro para nuestros oídos, pero Jesús no está defendiendo un sistema social; está revelando algo sobre el corazón del discipulado. «Somos simples servidores; no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber».

Esta enseñanza va en contra de un impulso muy humano. Con frecuencia damos algo esperando, al menos en parte, recibir algo a cambio: reconocimiento, gratitud o simplemente un trato justo. Sin embargo, Jesús nos invita a una libertad diferente: servir sin cálculos y amar sin llevar la cuenta.

San Pablo, escribiendo a Tito, sitúa esta enseñanza dentro de una visión más amplia. Habla de la gracia ya concedida: «La gracia de Dios se ha manifestado...

enseñándonos a vivir de manera sobria, justa y piadosa». Todo comienza con la gracia. Nuestros esfuerzos, nuestra bondad y nuestro servicio no son medios para ganar el amor de Dios; son respuestas al amor que ya ha sido derramado sobre nosotros.

Aquí es donde San León Magno viene en nuestra ayuda. Él enseñaba que la dignidad del cristiano proviene de lo que Cristo ha hecho, no de lo que nosotros logramos. En uno de sus sermones exhortaba a los creyentes: «Reconoce tu dignidad» en Cristo. Esa dignidad no conduce al orgullo, sino al servicio humilde, porque todo lo que tenemos es un don.

El peligro contra el que Jesús nos advierte es sutil: el crecimiento silencioso del orgullo incluso cuando hacemos el bien. Podemos llegar a pensar que nuestra fidelidad coloca a Dios de alguna manera en deuda con nosotros. Pero el Evangelio nos recuerda que Dios nunca está en deuda con nadie. Incluso nuestra capacidad de servir es ya un regalo suyo.

Paradójicamente, esto no pretende desanimarnos; pretende liberarnos. Si todo es un don, entonces somos libres para servir sin ansiedad, sin comparaciones y sin resentimientos. Somos libres para dar como Jesús dio, especialmente en el momento en que no recibió nada a cambio sino rechazo.

Y, sin embargo, Dios no es indiferente. Aunque el servidor de la parábola no espera recompensa, sabemos por todo el Evangelio que la respuesta de Dios al amor fiel es una generosidad desbordante. Lo que no podemos reclamar como un derecho, Dios lo concede como un regalo, mucho más allá de todo lo que podríamos merecer.

Hay una historia de un maestro de escuela que trabajó durante décadas en una zona rural apartada. Muchos de sus alumnos olvidaron las lecciones concretas que enseñó, pero nunca olvidaron su paciencia, su bondad y el interés sincero que mostraba por cada uno de ellos. Cuando alguien le preguntó por qué seguía dedicándose con tanto empeño a un trabajo tan poco reconocido,

respondió: «Al final de mi vida, no creo que Dios me pregunte cuántos me aplaudieron. Creo que me preguntará cuánto amé y cuánto ayudé a crecer a los demás».

Ese es el corazón del mensaje de hoy: un servicio fiel, ofrecido libremente y recibido con humildad. Servimos no para obtener una recompensa, sino porque ya hemos sido amados más allá de toda medida. Y en ese servicio silencioso y constante comenzamos a participar de la misma vida de Cristo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio mío y de ustedes, ofrecido con humilde gratitud por la gracia que hemos recibido y en servicio fiel a Dios y al prójimo, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas ofrendas, Señor, sean agradables a tus ojos, y que por medio de ellas nos enseñes a servirte con corazones sinceros y humildes, buscando no nuestra propia gloria, sino el cumplimiento de tu santa voluntad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu misericordia nos has amado primero
y nos has llamado a participar de la vida de tu Hijo.

Nos enseñas por medio del Evangelio
que la verdadera grandeza no se encuentra en la búsqueda de honores,
sino en el servicio humilde y fiel.

En Cristo, tu Hijo,
que no vino para ser servido sino para servir,
nos revelas la belleza del amor entregado gratuitamente
y la alegría de una vida derramada por los demás.

Por el testimonio de San León Magno
fortaleciste a tu Iglesia en la verdad y en la unidad,
mostrando que toda dignidad procede únicamente de tu gracia.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Porque hemos recibido todo como un regalo de nuestro Padre amoroso y porque Cristo nos enseña a servir con corazones humildes, oremos con confianza usando las palabras que él mismo nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, te rogamos,
y libera nuestros corazones del orgullo, del resentimiento y de toda ambición egoísta.
Concédenos la paz que nace de confiar únicamente en tu gracia, para que, sirviéndote fielmente en esta vida, podamos esperar con gozosa esperanza la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que la verdadera grandeza se encuentra en el amor humilde y en el servicio fiel.
No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, conforme a tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que nos amó primero y se entrega libremente por la vida del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, enséñanos la santidad silenciosa del servicio fiel.
Líbranos de la necesidad de ser reconocidos y profundiza en nosotros la alegría de dar sin calcular el costo.
Que esta Eucaristía nos fortalezca para amar como Cristo amó: con corazones humildes, espíritus agradecidos y manos generosas.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por estos sagrados misterios, te rogamos humildemente, Señor, que, formados por el ejemplo de San León Magno y alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, perseveremos en el servicio fiel y demos testimonio de tu amor en todo lo que hacemos.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones humildes y fieles.

Que los libre de todo espíritu de orgullo y desaliento.

Y que los fortalezca para servir con generosidad, paz y alegría en el nombre de Cristo.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su servicio humilde y fiel.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Servimos no para ganar el amor de Dios, sino porque ya lo hemos recibido como un regalo».

11 de noviembre de 2026 – Miércoles de la 32.ª Semana del Tiempo Ordinario (San Martín de Tours)

Tito 3,1–7; Lucas 17,11–19

INTRODUCCIÓN

«La gracia recibida, la gratitud devuelta».

Hay una historia que se cuenta acerca de un soldado que regresó a casa después de una guerra larga y difícil. Una tarde de invierno, al pasar por un camino, vio a un hombre pobre temblando de frío junto a la carretera. Sin vacilar, se quitó su propio manto, lo cortó por la mitad y compartió una parte con aquel desconocido. Esa noche soñó con Cristo vestido con la misma parte del manto que había regalado, diciéndole: «Lo que hiciste por el más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hiciste». Aquel soldado era Martín, a quien hoy honramos como San Martín de Tours.

La vida de San Martín nos recuerda que la gracia nunca está destinada a quedarse solamente en nosotros; está destinada a pasar a través de nosotros. Él recibió la gracia de Dios y la devolvió en amor, servicio y humilde generosidad. Su santidad no consistió únicamente en grandes gestos, sino en reconocer a Cristo en cada don recibido y en cada persona encontrada.

En las lecturas de hoy encontramos otro momento de gracia: diez hombres son curados, diez vidas son restauradas. Sin embargo, solo uno regresa. Solo uno reconoce el don recibido, da gracias y entra en una realidad más profunda que el regalo mismo.

Mientras nos reunimos para celebrar esta Eucaristía, podemos preguntarnos: ¿cuántas veces recibimos y no devolvemos? ¿Cuántas veces damos por sentados los dones de Dios? Presentemos estos momentos ante el Señor y, con corazones humildes, pidámosle misericordia y perdón al comenzar esta celebración.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos sanas con la gracia de tu misericordia, pero con frecuencia olvidamos volver a ti con gratitud: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a la comunión contigo, pero nos distraemos con tus dones y perdemos de vista al Dador: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos enseñas por medio de San Martín a reconocerte en los pobres y a devolver tu gracia mediante el servicio amoroso: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos recibido sus bendiciones sin gratitud y no hemos regresado a Él con corazones agradecidos, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que llenaste a San Martín de Tours
del espíritu de humilde caridad y alegre gratitud,
concédenos, te rogamos,
que nosotros, que hemos recibido innumerables gracias de tu mano, aprendamos a volver a ti con corazones rebosantes de acción de gracias
y con vidas marcadas por un amor generoso.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre mayor tenía la costumbre de caminar cada tarde por su vecindario. Mientras caminaba, recogía pequeñas piedras y las colocaba en un frasco de vidrio que guardaba en su casa. Cuando alguien le preguntó por qué lo hacía, respondió: «Cada piedra representa algo por lo que estoy agradecido. Cuando llegan los días difíciles, miro el frasco y recuerdo cuánto bien he recibido». Con el paso de los años, descubrió que los problemas no habían desaparecido, pero su corazón se había vuelto más sereno. Había aprendido el poder silencioso de la gratitud.

En el Evangelio de hoy, diez leprosos permanecen a cierta distancia y claman juntos: «¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!». Es una oración profundamente humana: la oración de quien tiene necesidad, de quien se siente vulnerable, de quien reconoce su dependencia. Es

una oración que todos conocemos bien. Cuando la vida nos pone a prueba, cuando llega el sufrimiento o cuando descubrimos nuestras limitaciones, espontáneamente acudimos a Dios y le pedimos ayuda.

Y Jesús responde. Siempre responde. Los diez son curados. Los diez reciben la gracia que anhelaban. Pero el relato toma un giro inesperado: solo uno regresa. Solo uno vuelve glorificando a Dios a grandes voces y postrándose a los pies de Jesús para darle gracias.

Los otros no son condenados por haber pedido ayuda; su oración de súplica fue auténtica y válida. Sin embargo, en algún momento entre recibir el don y continuar su camino, perdieron de vista al Dador. El regalo les pareció suficiente y la gratitud fue olvidada. Es un cambio sutil pero importante: cuando nos concentramos tanto en lo que recibimos que olvidamos a Aquel que nos lo da.

El que regresa es un samaritano, un extranjero, alguien de quien menos se esperaba una respuesta correcta. Sin embargo, es precisamente él quien ve con claridad. Reconoce que ha ocurrido algo más que una simple curación física. Percibe la acción de Dios en Jesús y por eso da gracias. Su gratitud se convierte en un acto de fe.

Por eso Jesús le dice: «Tu fe te ha salvado». Los otros fueron curados, pero él fue salvado. La diferencia está en la relación. La gratitud abrió su corazón no solamente al don recibido, sino también al Dador. Entró en comunión con Dios.

San Martín de Tours vivió esta misma dinámica. Después de haber recibido el amor de Cristo, no lo guardó para sí. Lo devolvió. Ya fuera compartiendo su manto o sirviendo a los pobres, toda su vida se convirtió en una continua acción de gracias. Reconoció la gracia y respondió a ella. Su santidad fue, en esencia, una vida en la que la gratitud se hizo visible.

Todos nosotros somos como aquellos diez leprosos. Hemos recibido muchísimo: la vida, la fe, oportunidades, el sustento diario y tantas gracias silenciosas que quizá ni siquiera advertimos. La cuestión no es si hemos sido

bendecidos, sino si regresamos. ¿Volvemos atrás como el samaritano? ¿Permitimos que la gratitud brote dentro de nosotros y dé forma a nuestra oración, a nuestra manera de mirar la vida y a nuestras relaciones?

La Eucaristía que celebramos ahora es en sí misma una acción de gracias. La palabra griega eucharistia significa precisamente eso: «acción de gracias». Aquí somos invitados a parecernos al hombre que regresó: reconocer la gracia de Dios, darle gracias y dejarnos conducir a una comunión más profunda con Cristo.

Hay otra historia acerca de un anciano que, después de recuperarse de una grave enfermedad, adquirió la costumbre de visitar la capilla cada mañana. Alguien le preguntó qué hacía allí durante tanto tiempo. Él respondió sencillamente: «Me siento y digo gracias. Eso es suficiente». Tal vez allí es donde la fe comienza a profundizarse: no en muchas palabras, sino en un corazón que sabe volver.

Hoy, como aquel samaritano y como San Martín, somos invitados a regresar, a reconocer la gracia y a devolverla con gratitud. Porque, al final, no es solamente la gracia recibida la que nos transforma, sino la gratitud devuelta la que nos salva.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, habiendo recibido tanto de la bondad de Dios, podamos ofrecerle nuestras vidas con gratitud y amor, y para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas ofrendas, Señor,
expresen la gratitud de tu pueblo,
que ha recibido de tu mano amorosa sanación,
misericordia y esperanza;
y concédenos que, siguiendo el ejemplo de San Martín,
sepamos devolver tus dones mediante una vida de
servicio fiel y de caridad. Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu misericordia no dejas de derramar tu gracia sobre tu pueblo, sanando nuestras heridas, fortaleciendo nuestra debilidad y atrayéndonos a la comunión con tu Hijo.

En el Evangelio de la salvación
nos revelaste que la verdadera fe no consiste solamente en recibir tus dones, sino también en volver con corazones agradecidos para alabar tu santo Nombre.

Y en San Martín de Tours nos has dado un testimonio vivo de la gratitud hecha visible mediante la humilde caridad y el servicio amoroso.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y las dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con corazones agradecidos al Padre que continuamente nos bendice con su misericordia y su gracia:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia y conscientes de tus innumerables bendiciones,
vivamos siempre en gratitud y esperanza,
mientras aguardamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que sanaste a los que sufrían y acogiste a quienes
regresaron con fe y acción de gracias;
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la gratitud y la confianza de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad de acuerdo con tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que no solo sana nuestras heridas, sino que nos llama a
una comunión más profunda con Él.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Diez fueron curados, pero uno regresó.
El cuerpo sanado se alegra por un momento;
el corazón agradecido descubre la comunión.
En esta Eucaristía hemos recibido más que dones:
hemos recibido al mismo Dador.

Que salgamos de este altar como el samaritano y como
San Martín: regresando, dando gracias y permitiendo que
la gratitud modele nuestra manera de vivir y de amar.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por estos santos misterios, Señor,
te damos gracias por la abundancia de tu gracia;
y te pedimos que, alimentados con el Cuerpo y la Sangre
de Cristo, crezcamos en corazones agradecidos, en una fe
firme y en un servicio generoso hacia los necesitados.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor llene sus corazones de gratitud por todas
sus bendiciones. Amén.

Que les enseñe, como al samaritano agradecido y a San
Martín, a reconocer su gracia y a devolverla mediante una
vida de caridad y de fe. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de gratitud, caridad y servicio fiel.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La gracia se vuelve verdaderamente transformadora cuando es recibida con gratitud y devuelta con amor».

12 Nov., 2026 – Jueves de la 32.ª Semana del Tiempo Ordinario (San Josafat)

Flm 7–20; Lc 17,20–25

INTRODUCCIÓN

Había una vez un viajero que llegó a una pequeña aldea poco antes del anochecer. Cansado y hambriento, preguntó a una mujer del lugar si había algo digno de verse en aquel sitio. Ella sonrió y le respondió: «Claro que sí, pero debes tener los ojos adecuados». Él recorrió el pueblo y quedó decepcionado: caminos polvorientos, casas sencillas, nada extraordinario. Solo a la mañana siguiente, cuando la luz del sol iluminó los campos y vio cómo las personas se saludaban con cordialidad y afecto, comprendió lo que ella quería decir: la belleza había estado allí todo el tiempo, pero él no la había percibido.

Con frecuencia vivimos como aquel viajero. Buscamos a Dios en señales espectaculares y momentos extraordinarios, mientras pasamos por alto las formas silenciosas en que Él ya está presente entre nosotros.

Anhelamos certezas y éxitos visibles, pero el Señor suele venir suavemente, en la bondad, la reconciliación, la fidelidad y el amor.

San Josafat comprendió muy bien este misterio. En un tiempo de divisiones dentro de la Iglesia, reconoció que Dios ya estaba actuando para atraer a las personas hacia la unidad. Él se convirtió en un instrumento por medio del cual el Reino oculto de Dios pudo hacerse visible para los demás.

Al reunirnos para celebrar estos sagrados misterios, pidamos al Señor que abra los ojos de nuestro corazón. Reconozcamos las veces en que no hemos sabido descubrir su presencia entre nosotros y, con sincero arrepentimiento, dispongámonos ahora a celebrar el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, que revelas tu Reino en la humildad y en la gracia escondida: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que estás presente entre nosotros en la misericordia, el perdón y la paz: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos llamas a ser signos de tu Reino en el mundo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que abre los ojos de la fe para reconocer su Reino ya actuando entre nosotros, nos perdone por las veces en que hemos pasado por alto su presencia, nos fortalezca en la caridad y en la unidad, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que llenaste a san Josafat de celo por la unidad de tu Iglesia y lo coronaste con el martirio por el bien de tu pueblo, concédenos, te rogamos, que, reconociendo tu Reino ya presente y actuante entre nosotros, lleguemos a

ser instrumentos de reconciliación, de paz y de fe firme en el mundo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre heredó de su padre un terreno. Convencido de que no tenía ningún valor, pasó años buscando riquezas en otros lugares. Viajó lejos, hizo inversiones poco acertadas y vivió siempre insatisfecho. Mucho tiempo después, alguien le hizo notar que bajo su propia tierra existía un abundante manantial de agua pura. Aquello que había estado buscando por todas partes había permanecido siempre bajo sus propios pies.

En el Evangelio de hoy, los fariseos hacen a Jesús una pregunta que nos resulta muy familiar: «¿Cuándo llegará el Reino de Dios?». Es una pregunta sobre el tiempo, sobre el futuro, sobre algo que aún no ha sucedido. Pero Jesús no responde al «cuándo». Más bien, dirige su atención hacia otra realidad: «El Reino de Dios está entre ustedes». En otras palabras: aquello que buscan ya está aquí, pero ustedes no lo están viendo.

Esta suele ser también nuestra dificultad. Miramos el mundo, con sus conflictos, injusticias y sufrimientos, y concluimos que el Reino de Dios debe estar muy lejos. Esperamos tiempos mejores, señales más claras o situaciones más perfectas. Sin embargo, Jesús nos invita a cambiar nuestra mirada, pasando del futuro que imaginamos al presente que estamos viviendo.

El Reino de Dios ya está entre nosotros allí donde se vive el amor, donde se ofrece el perdón, donde los heridos son sanados y donde los excluidos son acogidos. No siempre llega con manifestaciones espectaculares. Con mucha más frecuencia aparece silenciosamente, como una semilla que crece en la tierra o como la levadura que transforma la masa: oculto, pero real y poderoso.

San Josafat comprendió profundamente esta verdad. En una Iglesia dividida, no cayó en la desesperación ni se

limitó a esperar que la unidad llegara algún día. Él mismo se convirtió en instrumento de esa unidad. Por medio de su paciencia, de su valentía y, finalmente, de su martirio, hizo visible un Reino que ya estaba presente, aunque todavía no era plenamente reconocido. Ayudó a otros a descubrir lo que Dios ya estaba realizando.

También nosotros estamos llamados a tener esa misma visión. El Señor está presente de maneras que no siempre pueden observarse fácilmente, como dice Jesús. Está presente en una palabra amable, en un gesto de compasión, en la fidelidad silenciosa de quien cumple sus deberes con amor. Pero para reconocerlo necesitamos lo que el Evangelio llama los ojos de la fe.

Cuando nos desanimamos por causa del mundo, de la Iglesia o incluso de nuestra propia vida, puede ser porque estamos mirando de manera equivocada. Preguntamos, como los fariseos: «¿Cuándo estarán finalmente bien las cosas?». Y Jesús nos responde con suavidad: «Mira de nuevo. Observa lo que ya está sucediendo». El Reino no está ausente; muchas veces simplemente pasa desapercibido.

Vivir como discípulos significa, por tanto, no solo esperar el Reino, sino reconocerlo y colaborar con él aquí y ahora. Significa confiar en que Dios ya ha comenzado una buena obra entre nosotros y la llevará a su plenitud. Significa convertirnos, en nuestras pequeñas acciones cotidianas, en signos de ese Reino para los demás.

Hay una historia acerca de una mujer que encendió una vela durante un apagón. Al principio, la oscuridad parecía abrumadora. Pero cuando sus ojos se acostumbraron, notó que aquella pequeña llama iluminaba más de lo que había imaginado: su habitación, su mesa e incluso los rostros de quienes estaban a su alrededor. Otros comenzaron a encender sus propias velas y, poco a poco, la oscuridad dejó de dominar. La luz era pequeña, pero bastó para comenzar a transformarlo todo.

Así sucede con el Reino de Dios. Puede parecer pequeño, oculto e incluso frágil. Sin embargo, ya está entre

nosotros: vivo, activo y creciendo. Ojalá aprendamos a reconocerlo y, una vez que lo hayamos descubierto, permitamos que brille a través de nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar y ofrecernos nosotros mismos al Señor como instrumentos de su Reino oculto de amor, paz y unidad, este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de infinita misericordia, derrama tu bendición sobre estas ofrendas, para que, fortalecidos por el ejemplo de san Josafat, reconozcamos a Cristo presente entre nosotros y cooperemos fielmente en el crecimiento de tu Reino mediante vidas de caridad y de paz.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque, en tu sabiduría, has sembrado ya entre nosotros las semillas de tu Reino, no mediante el poder o el esplendor del mundo, sino mediante la misericordia, la reconciliación y el amor humilde.

En san Josafat diste a tu Iglesia un pastor fiel que reconoció tu presencia incluso en medio de la división y del sufrimiento, y ofreció su vida para que la unidad y la paz florecieran entre tu pueblo.

Por medio de su testimonio nos recuerdas que tu Reino está vivo allí donde los corazones se abren a la gracia, donde el perdón vence la hostilidad y donde la caridad revela tu presencia escondida en el mundo.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras aprendemos a reconocer tu Reino ya presente entre nosotros y a convertirnos en signos de esperanza, de unidad y de paz unos para otros, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles:
«La paz les dejo, mi paz les doy»;
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad, para que tu Reino se haga visible en el amor y la reconciliación de tu pueblo.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es Aquel que ya está presente entre nosotros, edificando silenciosamente su Reino por medio de la misericordia y del amor. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Reino de Dios suele llegar silenciosamente.
Crece en actos ocultos de bondad, en el perdón paciente, en corazones fieles que continúan amando incluso en medio de las dificultades.

Hoy el Señor nos ha alimentado con su propia presencia.

Que esta Eucaristía agudice los ojos de nuestra fe, para que podamos reconocerlo ya actuando en nuestros hogares, en nuestra Iglesia y en nuestro mundo, y lleguemos a ser signos vivos de su Reino para los demás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que esta mesa celestial, Señor, nos conceda un espíritu de caridad y de paz, para que, fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de Cristo e inspirados por el testimonio de san Josafat, reconozcamos tu Reino entre nosotros y colaboremos fielmente en su crecimiento mediante una vida de servicio humilde y de unidad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor abra los ojos de sus corazones para reconocer su Reino ya presente entre ustedes. Amén.

Que Él los fortalezca para ser instrumentos de paz, de unidad y de compasión en el mundo. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al reconocer su presencia en los momentos ordinarios de la vida y haciendo visible su Reino mediante su amor y su servicio.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«El Reino de Dios ya está entre nosotros. No siempre se manifiesta en señales extraordinarias, sino en cada acto de amor, misericordia y unidad. Los ojos de la fe aprenden a reconocer lo que Dios ya está haciendo».

13 de noviembre de 2026 – Viernes de la 32.ª Semana del Tiempo Ordinario

2 Jn 4–9; Lc 17:26–37

INTRODUCCIÓN

Vivir lo ordinario con una conciencia eterna de la presencia del Señor:

Un joven arquitecto pasó varios meses diseñando una hermosa casa. Cada detalle fue cuidadosamente planeado: la luz que entraba por las ventanas, la armonía de las habitaciones, la belleza de la estructura. Cuando la casa estuvo terminada, los visitantes admiraban todo lo que podían ver, pero casi nadie preguntaba por el arquitecto cuya visión había hecho posible aquella obra.

Algo parecido puede suceder en nuestra vida espiritual. Nos ocupamos de las actividades, responsabilidades y preocupaciones de la vida diaria, y poco a poco olvidamos al Señor que sostiene todas las cosas y da sentido a cada momento. Disfrutamos de los dones, pero perdemos la conciencia de Aquel que los concede.

El Evangelio de hoy nos recuerda que la vida ordinaria puede acercarnos más a Dios o distraernos de Él. Comer y beber, trabajar y construir, planificar y descansar: nada de esto es un obstáculo para la santidad. Pero cuando estas cosas llenan por completo nuestro horizonte, corremos el riesgo de olvidar la presencia eterna de Dios en medio de nosotros.

Al reunirnos alrededor de este altar, pidamos al Señor que despierte una vez más nuestros corazones a su presencia. Reconozcamos aquellos momentos en que hemos vivido mecánicamente, sin una conciencia orante, y preparémonos para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú caminas con nosotros en los momentos ordinarios de la vida, y sin embargo muchas veces no reconocemos tu presencia:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a vivir con el corazón despierto a las cosas que realmente importan:
Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas a colocarte en el centro de todo lo que hacemos y de todo lo que somos:
Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que continuamente nos llama a volver de la distracción y del olvido a la conciencia de su amorosa presencia, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Te pedimos, Dios todopoderoso, la gracia de vivir cada día con el corazón atento a tu presencia, para que, en medio de los deberes y preocupaciones ordinarias de la vida, nunca perdamos de vista las realidades eternas que permanecen para siempre.

Enséñanos, como a san Josafat, a permanecer fieles en toda circunstancia y a buscar, por encima de todo, la comunión contigo y con nuestros hermanos.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre fue una vez de excursión por la montaña con varios amigos. El sendero los llevó a través de paisajes impresionantes: montañas majestuosas, ríos cristalinos y bosques llenos de color. Sin embargo, uno de ellos pasó todo el recorrido mirando la pantalla de su teléfono, contando pasos, revisando mensajes y tomando fotografías rápidas sin detenerse realmente a contemplar la belleza que lo rodeaba. Al final del viaje comentó: «Estuvo bonito», pero había perdido la maravilla que estaba delante de sus ojos.

Las lecturas de hoy nos recuerdan lo fácil que es perder de vista lo que verdaderamente importa, incluso cuando

está justo delante de nosotros. La primera lectura habla de la belleza y grandeza del mundo, pero advierte contra el peligro de no reconocer a Aquel que está detrás de todo. La creación no está destinada a ser un fin en sí misma; es un signo que apunta más allá de sí misma hacia el Creador.

El Evangelio nos acerca aún más esta enseñanza. Jesús habla del ritmo ordinario de la vida: comer y beber, casarse, comprar y vender, plantar y construir. Estas cosas no son malas; son necesarias y buenas. Forman parte de la trama misma de la existencia humana. Pero Jesús nos advierte que podemos llegar a estar tan absorbidos por ellas que perdamos de vista una realidad más profunda.

Él recuerda los días de Noé y de Lot, tiempos en los que las personas llevaban una vida normal, sin darse cuenta de que algo decisivo estaba por suceder. El problema no eran sus actividades cotidianas, sino su falta de conciencia espiritual. Vivían como si el mundo visible fuera todo lo que existiera, y por eso no estaban preparados cuando todo cambió.

Este Evangelio no pretende asustarnos, sino despertarnos. Jesús no nos pide que nos apartemos de la vida, sino que la vivamos con una profundidad diferente. El «día del Hijo del Hombre» no es solamente un acontecimiento futuro; también es una realidad presente. El Señor resucitado ya está entre nosotros, presente silenciosamente en medio de nuestras actividades diarias.

Esto significa que cada momento encierra una invitación oculta. Las tareas que realizamos, las personas que encontramos y las responsabilidades que llevamos pueden convertirse en lugares de encuentro con el Señor. El suelo que pisamos es siempre tierra sagrada, si aprendemos a reconocerlo.

San Josafat comprendió muy bien esta verdad. En medio de su ministerio, de las tensiones que afrontó y de su eventual martirio, no separó lo sagrado de lo ordinario. Permitió que Dios estuviera presente en todo, y por eso

pudo permanecer fiel incluso cuando la vida se volvió difícil e incierta. Su conciencia constante de Dios le dio claridad sobre lo que realmente importaba.

También nosotros estamos llamados a conservar ese sentido de proporción. Las cosas de este mundo son importantes, pero no son lo definitivo. Cuando mantenemos al Señor en el centro, todo lo demás encuentra su lugar adecuado. Sin Él, incluso las cosas buenas pueden convertirse en distracciones; con Él, incluso las tareas más sencillas pueden llenarse de significado.

Se cuenta la historia de un anciano jardinero que pasaba sus días realizando labores muy simples: regar las plantas, barrer los senderos y cuidar las flores de una pequeña capilla. Un día alguien le preguntó cómo lograba mantenerse tan sereno. Él respondió: «Cada planta que riego se la ofrezco al Señor. Cada hoja que recojo la recojo para Él. Por eso nunca siento que hago algo insignificante». A su manera sencilla, había descubierto el secreto del Evangelio: vivir lo ordinario con una conciencia de lo eterno.

Y esa es la invitación que hoy se nos hace: no escapar de nuestra vida diaria, sino verla de una manera nueva. Reconocer que el Señor ya está aquí, ya está presente, ya nos está llamando. Si aprendemos a descubrirlo ahora, su venida nunca nos tomará por sorpresa.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con corazones atentos al Señor que siempre está presente entre nosotros, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, las ofrendas que ponemos ante ti y concede que, por medio de estos sagrados misterios, aprendamos a reconocer tu presencia en los momentos ordinarios de la vida y mantengamos nuestro corazón fijo en las cosas del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría creaste el mundo y lo llenaste de signos de tu bondad y de tu amor. En el ritmo ordinario de la vida humana continúas revelando tu presencia e invitando a tu pueblo a caminar en comunión contigo. Aunque con frecuencia nos dejamos distraer por preocupaciones pasajeras, tú nos llamas pacientemente a elevar el corazón hacia las realidades que permanecen para siempre.

En tu Hijo, Jesucristo, entraste plenamente en nuestra experiencia humana, santificando el trabajo cotidiano, las alegrías y las luchas de la vida, y enseñándonos a permanecer vigilantes ante tu Reino, que ya está presente entre nosotros.

Por el testimonio de san Josafat, nos has mostrado que la fidelidad a tu presencia concede valentía, unidad y paz incluso en medio del sufrimiento y la incertidumbre.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza en el Padre que permanece cerca de nosotros en cada momento de la vida y que nos enseña a buscar ante todo su Reino, oremos con las palabras que el mismo Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días, para que, en medio de las distracciones y preocupaciones de este mundo pasajero, permanezcamos atentos a tu presencia y firmes en la esperanza mientras aguardamos la gloriosa venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que permaneces presente entre tu pueblo en medio de la vida cotidiana y nos llamas a vivir en comunión contigo y entre nosotros; no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es aquel que viene a despertar nuestros corazones a la presencia de lo eterno en los momentos ordinarios de la vida. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, tú vienes a nosotros silenciosamente, oculto bajo los sencillos signos del pan y del vino, recordándonos que tu presencia se encuentra muchas veces en aquello que parece ordinario.

Enséñanos a reconocerte no solo en este momento sagrado, sino también en las responsabilidades, encuentros y tareas ocultas de cada día.

Que nuestro corazón permanezca siempre despierto a ti, para que nada en nuestra vida sea simplemente rutina, sino siempre una oportunidad para caminar contigo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos dones, te rogamos, Señor, que por medio de este sacramento profundices en nosotros la conciencia de tu presencia constante, para que, viviendo fielmente en medio de los deberes ordinarios de la vida, busquemos siempre aquello que nos conduce a la comunión eterna contigo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor les ayude a reconocer su presencia en los momentos ordinarios de cada día. Amén.

Que mantenga sus corazones atentos a las cosas que realmente importan y los fortalezca para vivir con fidelidad. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al vivir cada momento con el corazón despierto a su presencia.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Nada es simplemente ordinario cuando Dios permanece en el centro».

14 de noviembre de 2026 – Sábado de la 32.ª Semana del Tiempo Ordinario

3 Jn 5–8; Lc 18,1–8

La fe que se niega a desanimarse nace de una oración que se niega a detenerse.

INTRODUCCIÓN

Había una vez un hombre que plantó un pequeño árbol en el patio de su casa. Durante meses, parecía que no ocurría nada. La tierra lucía igual, la rama permanecía desnuda y los vecinos comentaban discretamente que quizá el árbol estaba muerto. Sin embargo, cada mañana el hombre seguía regándolo. “Las raíces están creciendo”, decía, aunque no podía verlas. Entonces, un día, casi de manera inesperada, aparecieron pequeños brotes verdes y, con el tiempo, el árbol floreció.

Gran parte de la vida se parece a esa estación escondida. Oramos, esperamos y tratamos de permanecer fieles, pero parece que nada cambia. Las situaciones siguen sin resolverse, las heridas no sanan y las injusticias continúan

sin respuesta. En esos momentos surge silenciosamente la tentación de rendirnos, dejar de orar y perder el ánimo.

El Evangelio de hoy habla directamente de esa experiencia. Jesús nos cuenta una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desanimarnos jamás. Él sabe cuán fácilmente el desaliento puede echar raíces en nuestro corazón, especialmente cuando nos sentimos pequeños ante el peso de los problemas del mundo.

Al reunirnos ahora para celebrar esta Eucaristía, preguntémonos: ¿en qué aspectos he comenzado a perder el ánimo? ¿Dónde se ha debilitado o apagado mi oración? Presentemos esos lugares al Señor y pidámosle perdón por las veces en que hemos dudado de su cuidado y hemos retirado nuestra confianza.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos enseñas a orar siempre y a no perder nunca el ánimo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú permaneces fiel incluso cuando nuestra confianza se debilita: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú fortaleces a quienes perseveran en la esperanza y en la oración: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que nos hemos cansado en la fe, hemos dudado de su cuidado y hemos permitido que el desaliento silencie nuestra oración, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nunca dejas de escuchar el clamor de quienes confían en ti;
fortalece en nosotros una fe que persevere en la oración y una esperanza que no se canse en los tiempos de espera.
Enséñanos a permanecer firmes en el amor y constantes

en la confianza,
para que, cuando venga tu Hijo,
encuentre nuestros corazones vigilantes y perseverantes en la fe.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un agricultor que, después de una larga sequía, seguía preparando sus campos cada mañana. Sus vecinos se burlaban de él porque no había señales de lluvia. Sin embargo, él continuó arando la tierra y manteniéndola lista. Un día, finalmente llegaron las lluvias y, mientras otros apenas comenzaban a prepararse, él ya estaba listo para sembrar. Su perseverancia dio fruto porque no dejó de esperar.

La parábola de Jesús en el Evangelio de hoy nos presenta a una persona con una actitud semejante: una viuda que se niega a rendirse. Ella se presenta ante un juez que no teme a Dios ni respeta a nadie. Todas las circunstancias están en su contra. No tiene posición social, influencia ni poder. Y, sin embargo, posee algo muy valioso: la perseverancia. Sigue viniendo, sigue pidiendo y sigue creyendo que la justicia debe hacerse.

Lo que llama la atención es que Jesús presenta a esta viuda como un modelo de fe. No porque sea poderosa, sino porque se niega a perder el ánimo. Su fuerza no proviene de su posición, sino de su constancia. Ella encarna una fe que no se derrumba ante la demora, el rechazo o el silencio.

Jesús deja claro que Dios no es como ese juez injusto. Si incluso un juez corrupto termina respondiendo, ¡cuánto más responderá Dios, que es justo, amoroso y atento, al clamor de su pueblo! La cuestión no es la disposición de Dios para actuar, sino nuestra disposición para permanecer fieles mientras esperamos.

Y ahí es donde la oración se vuelve esencial. Orar no es solamente pedir; es permanecer. Es dirigir constantemente el corazón hacia Dios, incluso cuando las respuestas parecen tardar. En la oración somos fortalecidos, muchas veces de formas que no vemos inmediatamente, como las raíces que crecen silenciosamente bajo la tierra.

Todos sabemos lo fácil que es desanimarse. Cuando las oraciones parecen no ser escuchadas, cuando la injusticia permanece o cuando la fe se siente frágil, el desaliento puede apoderarse silenciosamente de nosotros. Sin embargo, Jesús nos desafía con una pregunta profunda: "Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?". ¿Encontrará una fe perseverante o una fe que se ha rendido en silencio?

La viuda nos recuerda que la fe no es un sentimiento pasajero, sino una decisión constante. Es elegir confiar una y otra vez, incluso cuando las circunstancias no cambian. Es volver a la oración, no porque veamos resultados inmediatos, sino porque creemos que Dios escucha y está actuando.

La primera lectura de hoy, tomada de la tercera carta de san Juan, nos habla de la fidelidad puesta en práctica: del apoyo generoso a los demás y de hacer el bien aunque nadie lo note. También esto forma parte de la fe perseverante: permanecer firmes en el amor, aun cuando no haya reconocimiento ni recompensa.

Hay una historia sobre un monje que durante muchos años rezó por la paz en una región marcada por conflictos. Pasaron décadas y parecía que poco había cambiado. Cuando alguien le preguntó por qué seguía orando, respondió sencillamente: "Porque la oración no solo sirve para cambiar el mundo; también sirve para que el mundo no cambie mi confianza en Dios".

Esa es la clase de fe que Jesús busca: una fe que se niega a perder el ánimo porque está arraigada en una oración que se niega a detenerse.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestra fe
perseverante y estos dones que presentamos ante el
Señor sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor y Dios nuestro, recibe estas ofrendas
y profundiza en nosotros la gracia de la oración
perseverante.
Cuando nos sintamos cansados o desanimados,
enséñanos a poner nuestra confianza más firmemente en
ti, para que nuestras vidas den testimonio
de una fe que persevera con paciencia y esperanza.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.

Porque en toda época permaneces cercano
a quienes te invocan con fe.
Cuando tu pueblo se siente cansado,
tú lo fortaleces con la esperanza;
cuando lucha en medio de la oscuridad y la demora,
lo invitas a perseverar en la oración
y a confiar en tu amor fiel.

En tu Hijo, Jesucristo,
nos has mostrado el camino de la fe constante,
enseñándonos a no perder nunca el ánimo,
sino a poner nuestra confianza
en tu cuidado salvador.

Por medio de él sigues sosteniendo a tu Iglesia
mientras espera con esperanza
la plenitud de tu Reino.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiados en el Padre que escucha las oraciones de sus hijos y fortalece a quienes perseveran en la fe, oremos con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y fortalécenos cuando el desaliento y la duda pesen sobre nosotros.
Mantén nuestros corazones fieles en la oración y firmes en la esperanza,
mientras aguardamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú nos enseñaste a no perder nunca el ánimo
y a confiar en el amor fiel del Padre.
No tengas en cuenta nuestros momentos de debilidad y desaliento, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele bondadosamente la paz y la unidad
conforme a tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que fortalece a todos los que perseveran en la fe
y alimenta a quienes continúan confiando en él.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, muchas veces pedimos, esperamos y nos preguntamos si nos escuchas. Sin embargo, hoy nos recuerdas que la oración fiel nunca se pierde. Como las raíces escondidas bajo la tierra, tu gracia está actuando silenciosamente dentro de nosotros. Mantennos cerca de ti, firmes en la confianza, pacientes en la esperanza y fieles en el amor, hasta que tus promesas se cumplan según tu tiempo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por estos santos misterios, Señor,
haz que perseveremos en la fe con corazones que no pierdan el valor.
Fortalécenos por medio de este sacramento
para permanecer constantes en la oración,
firmes en el amor y confiados en tu providencia,
incluso en los tiempos de espera y de prueba.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor fortalezca sus corazones en todo momento de desaliento y los mantenga fieles en la oración y constantes en la esperanza. Amén.

Que les enseñe a confiar en su amorosa providencia, incluso cuando las respuestas parezcan demorarse o permanecer ocultas a sus ojos. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una fe que persevera y una oración que nunca se rinde.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe crece con más fuerza no cuando todo cambia rápidamente, sino cuando seguimos orando y confiando incluso durante las etapas ocultas de la vida. Un corazón que se niega a dejar de orar aprenderá poco a poco a no perder la esperanza.